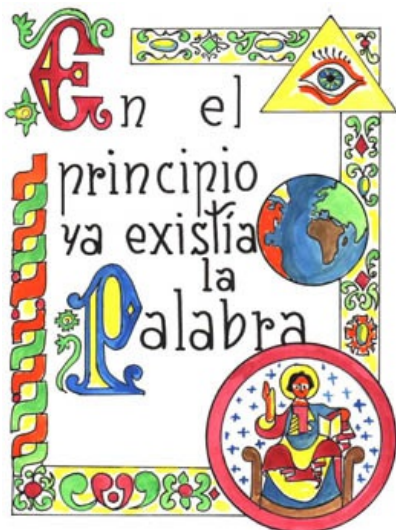


Homilias

Ciclo C II Domingo de Navidad
03/01/2010

“Nos ha regalado el ser hijos en el Hijo”



Por el himno de acción de gracias y de alabanza que es el prólogo del evangelio de Juan, sabemos que Jesús de Nazaret fue anunciado en la Iglesia primitiva desde un primer momento como la Palabra de Dios encarnada para la salvación de los hombres. ¿Cómo llegaron a esta conclusión aquellos cristianos? Las palabras y la actuación de Jesús mostraban una singular unidad con el Padre en su amor por los seres humanos. Esto impactó a los cristianos. Y «nosotros» –dice taxativamente la comunidad de Juan– lo hemos «visto», a pesar de que no fueron directamente testigos presenciales de la vida de Jesús. Así pues, experimentaron que la encarnación de la Palabra en un hombre es redentora y salvadora, que la humanidad misma de Jesús es ya ahora gracia abundante de Dios entre nosotros. Ése es obviamente el entusiasmo fundamental que movía a la comunidad joánica a hacer su confesión de fe en el himno del Prólogo.

La historia de Dios comunicando su vida salvadora a los seres humanos no ha terminado. Empezó con la creación del mundo. Llegó a su plenitud con Jesús de Nazaret; y, una vez muerto y glorificado éste, es el Espíritu santo el encargado de transmitir a los creyentes esa Palabra. Pero la encarnación en un hombre concreto, Jesús de Nazaret, nos ha enseñado el estilo de ser y de hablar de Dios: la Palabra habla a los hombres a través de los hombres y al modo de los hombres. Desde que apareció Jesús, «lo humano» es el medio de la revelación y de la actuación salvadora de Dios, el lugar donde se encarna la Palabra de Dios. Por eso, hoy somos los «humanos» creyentes los llamados a transmitir la Palabra de Dios. Y lo mismo que esa Palabra es vida y salvación, nosotros tenemos la misión de salvar a los humanos y dar vida allí donde hay sufrimiento

y carencias humanas.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Lecturas

Lectura del libro del Eclesiástico 24, 1-2. 8-12

La sabiduría se alaba a sí misma, se gloria en medio de su pueblo,
 abre la boca en la asamblea del Altísimo y se gloria delante de sus Potestades.
 En medio de su pueblo será ensalzada,
 y admirada en la congregación plena de los santos;
 recibirá alabanzas de la muchedumbre de los escogidos
 y será bendita entre los benditos.
 El Creador del universo me ordenó, el Creador estableció mi morada:
 «Habita en Jacob, sea Israel tu heredad.»
 Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y no cesaré jamás.
 En la santa morada, en su presencia, ofrecí culto y en Sión me establecí;
 en la ciudad escogida me hizo descansar, en Jerusalén reside mi poder.
 Eché raíces entre un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad,
 y resido en la congregación plena de los santos.

Sal 147, 12-13. 14-15. 19-20 R. La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión:
 que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
 y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R.

Ha puesto paz en tus fronteras, e sacia con flor de harina.
 Él envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz. R.

Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel;
 con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos, R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 1, 3-6. 15-18

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor. El nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya.

Por eso yo, que he oído hablar de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor a todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mi oración, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Ilumine los ojos de vuestro corazón, para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Éste es de quien dije: "El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo."» Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Comentario bíblico

Primera lectura: (Eclesiástico 24,1-4. 12-16)

Marco: Este fragmento forma parte de un bloque consagrado a la excelencia y postulados sociales de la Sabiduría. Y más en concreto a la sabiduría en Israel y sus frutos.

Reflexiones.

1ª) *¡La sabiduría se gloria en medio de su pueblo!*

La sabiduría hace su propio elogio, se gloria en medio de su pueblo. Dios envía su Sabiduría, que actúa especialmente por medio de los profetas, para que sea el faro de su pueblo en el camino de la salvación. No es don personal o privado, sino un don para toda la comunidad de los elegidos. Dios ha querido realizar su salvación a través de un pueblo y para este pueblo envía la Sabiduría como un faro iluminador. Entonces y ahora seguimos necesitando la Sabiduría de Dios que es a la vez un don y una experiencia.

2ª) *¡La Sabiduría colaboradora del Creador del universo!*

Entonces el Creador del Universo me ordenó, el Creador estableció mi morada: Habita en Jacob, sea Israel tu heredad. La Sabiduría era el Arquitecto de la Creación. Dios miraba a su Sabiduría-Palabra cuando creaba el mundo. Por medio de ella fue creado todo y sin ella nada se hizo. Estuvo presente en la historia. Y está ahora presente en Jesús de Nazaret "de modo corporal". En este Domingo intermedio se nos invita a reflexionar detenida y reposadamente en la maravilla de la Encarnación: presencia de la Sabiduría-Palabra de Dios en un Niño indefenso, débil, pero "templo personal de la sabiduría". Contemplando limpiamente la creación contemplamos la Sabiduría de Dios. Los ecologistas son invitados a contemplar este acontecimiento para que su encuentro con la naturaleza sea más pleno, más limpio y más auténtico al descubrir que es la plasmación amorosa y sabia de un proyecto de Dios. Esta fuerza motriz empujaría a todos a contemplar y respetar la naturaleza como un precioso don y un espejo de esa Sabiduría amorosa de Dios.

3ª) *¡Eché raíces en un pueblo glorioso!*

Eché raíces en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad. La presencia de la Sabiduría-Palabra no es temporal ni intermitente. Es más bien estable y permanente. La imagen "echar raíces" sugiere esta seguridad y continuidad. Habita en medio del pueblo y para siempre. El pueblo de Israel pudo gozar de este don. Y ahora, en nuestro tiempo en que todo parece provisional recibimos un mensaje consolador y exigente que denuncia y urge. La Sabiduría echa raíces profundas en la Iglesia y en los creyentes.

Podemos recurrir a ella en los avatares y situaciones difíciles y complejas de la vida. Está ahí, cerca, caminando codo a codo con nosotros. Es necesario abrirse, hacerle espacio, habituarse a contemplarla. Ella no se va y es siempre luz. Y nuestro mundo la necesita.

Segunda lectura: (Efesios 1,3-6.15-18)

Marco: Es la introducción a la carta a los Efesios en que se desarrolla el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Reflexiones

1ª) *¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!*

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en el cielo. La bendición es un elemento esencial de la historia de la salvación: la bendición a nuestros primeros padres: "creced y multiplicaos"; la bendición a Noé: "no enviaré más diluvios sobre la tierra"; la bendición a Abrahám: "en ti serán bendecidas todas las familias de los pueblos"; la bendición a Judá: "de ti haré surgir a quien ostente el cetro de mando"; la bendición a David: "te haré una dinastía eterna". Nuestro Dios es un Dios de bendición y de paz. Y lo sigue siendo. El mundo no es objeto de maldición. Hoy sigue vigente la bendición de Dios. Los creyentes somos convocados a ser testigos de esta bendición y expresarla con la vida y la palabra. La bendición produce el fruto de la felicidad y del gozo que tanto necesitan los hombres de nuestro tiempo que se sienten vacíos y atenazados por la ansiedad. Dios está ahí hecho bendición para todos en Jesús que se hizo hombre real para estar en medio de los hombres de todos los tiempos. Y esto es posible por el misterio pascual, por eso no se puede vivir la Navidad sin la Pascua y el don del Espíritu.

2ª) *¡Hijos adoptivos de Dios por Jesucristo!*

Nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo, conforme a su agrado; para alabanza de la gloria de su gracia. Esta parte de la Carta a los Efesios es un himno que repetimos con frecuencia en la Oración de Vísperas. Y contiene una serie de pasos que recogen el proyecto de Dios sobre los hombres realizado en Jesús: elección, predestinación, redención, adopción filial. ¡Somos hijos adoptivos de Dios! Dios ya no contempla al hombre directamente, sino a través de su Hijo. Con lo que el hombre puede vivir en la segura esperanza y confianza filial de que siempre será contemplado amorosamente por Dios. En nuestro mundo es necesario insistir en esta realidad. El hombre moderno, en todos los niveles, se siente excesivamente seguro en sí mismo y a la vez experimenta la profunda fragilidad que le rodea. Los creyentes somos invitados a trasladar al hombre de hoy, también a todos los niveles y en todas las situaciones, esta seguridad. Precisamente porque es imagen de Dios en Cristo Jesús el hombre posee tantas posibilidades que las ciencias le ayudan a descubrir. El verdadero creyente se alegra y celebra todos los inventos de los hombres que promueven la paz y el bienestar de todos.

3ª) *¡No ceso de dar gracia en mi oración!*

Yo que he oído hablar de vuestra fe en Cristo, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mi oración. Pablo y su redactor-colaborador al escribir esta Carta, abre su corazón en la acción de gracias por estas maravillas de la gratuidad de Dios. El Apóstol nos invita en este Domingo a prorrumpir en la acción de gracias por las celebraciones que estamos realizando. No son realidades del pasado; se hacen eficaces ahora, en este momento de nuestra historia. Esto significa la celebración sacramental del acontecimiento del pasado llevado a su plenitud en la Pascua y el don del Espíritu. Hoy también debemos prorrumpir en una gozosa y profunda acción de gracias.

Evangelio: (Juan 1,1-18)

Marco: Es el prólogo del Evangelio según san Juan en el que se recogen gran parte de los temas que desarrolla en el cuerpo de su escrito. Está estructurado en la forma que los semitas llaman quiasmo: todo está en función de un centro que se resalta especialmente. En este caso son las palabras: los que acogen la Palabra adquieren el derecho-poder de llegar a ser hijos de Dios (vv. 12-13). El prólogo es una síntesis de las actuaciones de la Palabra. La Palabra se hizo historia (hombre) para que los hombres puedan llegar a ser hijos de Dios.

Reflexiones

1ª) *¡La Palabra del Padre dirige la historia de los hombres!*

La Palabra estaba junto a Dios... Por medio de ella se hizo todo... Era la Luz verdadera que alumbraba a todo hombre... Al mundo vino y en el mundo estaba. El relato de la creación (Gn 1) nos enseña que Dios lo hizo todo por la Palabra y el Espíritu. La Palabra que existía más allá del "principio", es decir, más allá del tiempo. En nuestro lenguaje es lo mismo que decir que era eterna. Los hebreos acostumbran a pasar de lo concreto a lo universal por abstracción temporal, es decir, retrocediendo hasta un punto en el que comienza el tiempo. Lo que hay más allá de este comienzo temporal es lo eterno y los trascendente. La Palabra pertenece a la eternidad y estaba al lado de Dios y era Dios verdadero. Es Dios y es Creador. Esta presencia de la Palabra en la creación entera ha dejado su huella, su presencia misteriosa sin confundirse en su naturaleza con ella. El evangelista de su presencia en la historia de todos los hombres sin excepción, porque todos existen y son hombres por la Palabra y el Espíritu. Toda la humanidad es invitada en el acontecimiento del Nacimiento de Jesús a contemplar en aquel niño el sentido profundo de su propio ser. La Iglesia quiere que el día de Navidad dirijamos una mirada respetuosa y amable a la creación. Se nos puede antojar algo desconcertante: ¡Ese niño es la Palabra eterna de Dios por la que lo creó todo! desconcertante pero cierto. El creyente ha de ser un testigo de estas profundas experiencias entre los hombres. Se invita a los creyentes a mirar de otro modo a los hombres procedan de donde procedan. ¡Qué distinta sería nuestra Navidad si no nos perdiéramos en ruidos y superficialidades y entráramos en la hondura del acontecimiento real!

2ª) *¡La palabra habitó en el pueblo de Israel!*

Vino a su casa y los suyos no la recibieron. El Génesis (12.2-3) recuerda que Dios llamó a Abraham para una gran misión. Con Abraham nace un nuevo pueblo, el pueblo de Dios. Este pueblo se constituye por una palabra expresada en promesa y alianza; se consolida en el desierto por una palabra-alianza; sigue su proceso hacia el futuro alimentado por una palabra-promesa mesiánica; y nunca le faltó la presencia de los pregoneros que fueron los profetas encargados de actualizar y enriquecer la presencia de la palabra en Israel. Sabemos que la historia de la salvación fue una constante dialéctica de fidelidad a su palabra (Dios) y rechazo de la misma (pueblo). Vino a los suyos y los suyos no la recibieron. Pero Dios sigue adelante con su proyecto. Y hoy celebramos en el sacramento la presencia definitiva de esta palabra. El evangelista sintetiza en una sola frase toda la historia de la salvación recogida en los libros del Antiguo Testamento. La historia de la salvación se escribió para nuestra enseñanza. Todas estas cosas que les sucedieron a ellos eran como ejemplo para nosotros y se han escrito para escarmiento nuestro, que hemos llegado a la plenitud de los tiempos (1Cor 10,11). Los creyentes podemos entrar en diálogo con la Palabra más directamente por la presencia humana en Jesús. Nuestro mundo necesita esa palabra de aliento, de humanización y dignificación. Una palabra que le abra al horizonte que Dios ha preparado para los hombres. Nos urge hacerla presente, tangible, creíble. Y esto es tarea de los discípulos de Jesús hoy.

3ª) *¡La Palabra se hizo hombre-historia!*

La Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros. El evangelista piensa en la vida de los nómadas que se desplazan según las exigencias de sus rebaños levantando y plantando la tienda siempre que sea necesario. La palabra eterna de Dios habita entre los hombres como en una tienda. No significa que su presencia sea sólo temporal. Significa que está siempre en movimiento. Que la Encarnación, el Nacimiento de la Palabra se ha realizado para llevar al hombre a la meta final. Pero para ello ha asumido nuestra propia naturaleza en todo menos en el pecado (Hb 4,15). Las expresiones del evangelista sugieren, dentro del marco de la antropología hebrea, que la Palabra se ha hecho hombre con toda su capacidad de sufrimiento, de comunicación y de solidaridad. Y este pensamiento es importante para el enfoque de nuestra vida. La celebración de la Navidad nos permite actualizar hoy aquel gesto incomprensible pero verdadero. En nuestra peregrinación por este mundo alguien camina junto al hombre, junto a todo hombre. El creyente es llamado para hacer visible esta verdad tan necesaria para el hombre.

4ª) ¡La acogida de la Palabra nos da derecho a ser hijos de Dios!

Pero a cuantos la recibieron, les da poder-derecho para ser hijo de Dios. Todo el proceso de la Palabra eterna en la creación, en la historia de los hombres, en la historia de Israel y en la Encarnación tienen una finalidad que a los que la reciben les da poder-derecho a ser hijos de Dios. Esta es la gran novedad de la Encarnación en el pensamiento del evangelista. Dios ha revelado su Palabra y la ha enviado al mundo para nuestra salvación. La salvación de los hombres, el reencuentro con Dios que le permitirá conseguir su plena humanización y su dinámica comunión con los demás, ha sido la finalidad de todos los dones de Dios. Especialmente del don de la Encarnación y presencia de la Palabra en un hombre. Así cierra el evangelista su relato: Esto ha sido escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis en él vida eterna (Jn 20,31). El hombre, además de ser imagen de Dios por la presencia de la Palabra y del Espíritu, es su propio hijo adoptivo con todos los derechos: Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo (Rm 8,17). Esta es la verdadera Navidad. Somos invitados a disfrutarla profundamente, a compartirla generosamente, a actualizarla constantemente en el medio vital que nos ha tocado en suerte vivir. Este estilo de vivir Navidad es el que necesita el hombre de hoy en realidad, aunque no lo acabe de comprender. Y nosotros, como los pastores, somos invitados a comunicar a todo el mundo lo que hemos visto (creído) y experimentado.



Fr. Gerardo Sánchez Mielgo
Convento de Santo Domingo. Torrent (Valencia)



Este comentario está incluido en el libro: *La Palabra fuente de vida. Ciclo A*. Editorial San Esteban, Salamanca 2004.

Iª Lectura: Eclesiástico (24,1-12): La Sabiduría, mano de Dios

I.1. La primera lectura se toma del libro del Eclesiástico (título popular) o de la Sabiduría de Ben Sirá, como se le conoce, técnicamente, por el autor que lo escribió. Antes no se le conocía más que en griego, pero ya se han descubierto los fragmentos hebreos (en la antigua Guenizá del Cairo) que certifican que esa es su lengua original. Es un libro propio, con un género literario específico, tanto en el mundo bíblico como en la literatura del Medio Oriente y de Egipto. Este tipo de obras intenta poner de manifiesto los valores más fundamentales de la vida, de un comportamiento justo, honrado, humanista; en definitiva, eso es vivir con sabiduría.

I.2. La lectura de hoy nos habla de la Sabiduría, con mayúscula; no la del hombre, sino la de Dios. Es un himno grandioso del papel que tiene la sabiduría en las relaciones de Dios con el mundo y con los hombres. Debemos tener en cuenta que los judíos no podían entender que hubiese alguien como Dios; la sabiduría, aunque personificada, es, en el texto, una criatura como nosotros, aunque es la mano derecha de Dios, porque es la confidente del saber divino y, por lo mismo, de su acción creadora, hálito del poder divino en todo el proyecto que El tiene sobre el mundo. De hecho, en el judaísmo se identificaba a la Sabiduría con la Torah, la ley. No podía ser de otra forma en un ambiente cerrado a los valores creativos y proféticos de Dios. Sin embargo, una lectura cristiana de este texto, lo sabemos, apunta directamente a la Palabra de Dios, a Jesucristo. Y entonces, la Torah, la ley, quedará en lo que es, un mundo de preceptos que a veces ni siquiera ponen de manifiesto la voluntad de Dios.

IIª Lectura: Efesios (1,3-6.15-18): Elegidos, “en Cristo”, para ser hijos

II.1. Aunque se proclame en nuestra lectura que esta carta es de San Pablo, la opinión más extendida hoy, aunque no sea general, es que es un escrito posterior de la escuela paulina. Es un escrito de una gran densidad teológica; una especie de circular para las comunidades cristianas de Asia Menor, cuya capital era Éfeso. En realidad lo que hoy nos toca proclamar de esta lectura es el famoso himno con el que casi se abre la epístola. Es un himno o elogio (alabanza), a Dios, probablemente de origen bautismal, como sucede con muchos himnos del NT; desde luego ha nacido en la liturgia de las comunidades cristianas. Su autor, como Pablo hizo con Flp 2,5-11, lo ha incardinado a su escrito por la fuerza que tiene y porque no encontró otras palabras mejores para alabar a Dios.

II.2. Se necesitaría un análisis exegético de más alcance para poder decir algo sustancial de esta pieza litúrgica cristiana. Es curioso que estamos ante un himno que es como una sola frase, de principio a fin, aunque con su ritmo literario y su estética teológica. Canta la exuberante gracia que Dios ha derramado, por Cristo, en sus elegidos. Vemos que, propiamente hablando, Dios es el sujeto de todas las acciones: elección, liberación, redención, recapitulación, predestinación a ser hijos. Es verdad: son fórmulas teológicas de cuño litúrgico las que nos describe este misterio. Pero todo esto acontece en Cristo, en quien tenemos la gracia y el perdón de los pecados. Y por medio de Él recibimos la herencia prometida. Y en Cristo hemos sido marcados con el sello del Espíritu hasta llegar a experimentar la misma gloria de Dios en los tiempos finales.

II.3. ¿Qué podemos retener del mismo? Entre las muchas posibilidades de lectura podríamos fijarnos en lo que sigue: que Dios, desde siempre, nos ha contemplado a nosotros, desde su Hijo. Dios mira a la humanidad desde su Hijo y por eso no nos ha condenado, ni nos condenará jamás a la ignominia. Hay en el texto toda una “mirada” del Dios vivo. El es un Dios de gracia y de amor. La teología de la gracia es, pues, una de las claves de comprensión de este himno. Sin la gracia de Dios no podemos tener la verdadera experiencia de ser hijos de Dios. El himno define la acción amorosa de Dios como una acción en favor de todos los hombres. Estamos, pues, predestinados a ser hijos. Este es el “misterio” que quiere cantar esta alabanza a Dios. Se canta por eso; se da gracias por ello: ser hijos es lo contrario de ser esclavos, de ser una cifra o un número del universo. Este es el efecto de la elección y de la redención “en Cristo”.

Evangelio: Juan (1,1-13): Dios acampó en nuestra historia

Este segundo domingo de Navidad, después de la fiesta de María Madre de Dios con que abrimos el año nuevo, es una profundización

en los valores más vivos de lo que significa la encarnación del Hijo de Dios.

(Podemos volver a leer el texto comentado el día de Navidad)

III.1. Esta es una de las páginas más gloriosas, profundas y teológicas que se hayan escrito para decir algo de lo que es Dios, de lo que es Jesucristo, y de lo que es el hecho de la encarnación, en esa expresión tan inaudita: el “Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. La encarnación se expresa mediante lo más profundo que Dios tiene: su Palabra; con ella crea todas las cosas, como se pone de manifiesto en el relato de la creación de Génesis 1; con ella llama, como su le sucede a Abrahán, el padre de los creyentes; con ella libera al pueblo de la esclavitud de Egipto; con ella anuncia los tiempos nuevos, como ocurre en las palabras de los profetas auténticos de Israel; con ella salva, como acontece con Jesucristo que nos revela el amor de este Dios. El evangelio de Juan, pues, no dispone de una tradición como la de Lucas para hablarnos de la anunciación y del nacimiento de Jesús, pero ha podido introducirse teológicamente en esos misterios mediante su teología de la Palabra. También, en nosotros, es muy importante la palabra, como en Dios. Con ella podemos crear situaciones nuevas de fraternidad; con nuestra palabra podemos dar vida a quien esté en la muerte del abandono y la ignominia, o muerte a quien esté buscando algo nuevo mediante compromisos de amor y justicia. Jesús, pues, también se ha encarnado para hacer nuestra palabra (que expresa nuestros sentimientos y pensamientos, nuestro yo más profundo, lo que sale del corazón) una palabra de luz y de misericordia; de perdón y de acogida. El ha puesto su tienda entre nosotros... para ser nuestro confidente de Dios.

III.2. El himno y las sentencias que lo constituyen se relaciona con las especulaciones sapienciales judías. El filósofo judío de la religión, Filón de Alejandría, que vivió en tiempos de Jesús, hizo suyas aquellas reflexiones, pero en vez de sabiduría habló de la Palabra divina, del Logos. En el judaísmo «sabiduría» y «palabra de Dios» significaban prácticamente lo mismo. Sobre este tema desarrolló Filón una serie de profundas ideas. En el himno al Logos de Juan han podido influir otras corrientes conceptuales de aquella época. Fuera como fuere, en el texto joánico la idea del Logos tiene una acuñación cristiana propia, una forma inconfundible ligada a la persona de Jesús. Se interpreta, en efecto, esta persona, mediante los conceptos ya existentes sobre la Palabra de Dios, de una manera no por supuesto absolutamente nueva, pero sí profundizada.

III.3. El Logos, en griego, la Palabra divina, se ha hecho carne, es nuestra luz. Quizás parece demasiado especulativa la expresión. Pero recorriendo el himno al Verbo, descubrimos toda una reflexión navideña del cuarto evangelio. El Verbo ilumina con su luz. La iniciativa no parte de la perentoria necesidad humana, sino del mismo Dios que contempla la situación en la que se encuentra la humanidad. Suya es la iniciativa, suyo el proyecto. En el Verbo estaba la vida y la vida es la luz de los hombres. Por eso viene a los suyos, que somos nosotros. La especulación deja de ser altisonante para hacerse verdaderamente antropológica, humana. Pone su tienda entre nosotros, el Logos, la Sabiduría, el Hijo, Dios mismo en definitiva. ¿Cómo? No como en el AT, en la tienda del tabernáculo en el desierto, ni en un “Sancta Sanctorum”, sino en la humanidad misma que era la que verdaderamente necesitaba ser dignificada. El hombre es imagen de Dios, y esa imagen se pierde si la luz no nos llega. Y esa luz es la Palabra, Jesucristo.



Fray Miguel de Burgos Núñez

Lector y Doctor en Teología. Licenciado en Sagrada Escritura



Este comentario está incluido en el libro: [Sedientos de su Palabra. Comentarios bíblicos a las lecturas de la liturgia dominical. Ciclos A B y C.](#) Editorial San Esteban, Salamanca 2009.

Pautas

- *Dios no es un ser solitario, sino que se comunica y salva*

A menudo tenemos una idea equivocada de nuestro Dios al considerarlo un ser solitario y encerrado en sí mismo. Pero nada más lejos de la realidad; su esencia es comunicarse. Eso es la Palabra: Dios comunicándose a los seres humanos para transmitirnos la vida que Él posee. Y esa vida es salvación para los hombres. Dios tiene, pues, la iniciativa salvadora: busca a los hombres antes de que los hombres lo buscaran a Él.

- *Y la Palabra se hizo un hombre. Dios se ha manifestado en Jesús como un Dios de los hombres y para los hombres*

Desde siempre, Dios habló a los humanos a través de la creación. En ella experimentaron los hombres la acción salvadora de ese Dios. Pero hace dos mil años se produjo un acontecimiento sin igual en la historia de la comunicación divina: la Palabra de Dios se encarnó en un hombre: Jesús de Nazaret. Los primeros cristianos cantaron el himno que es el prólogo del evangelio de san Juan después de haber tenido con Jesús el Cristo una experiencia que cambió sus vidas, porque vieron en él, un simple hombre, de origen humilde, de padres conocidos, la encarnación y manifestación humana de la Palabra de Dios (de la gloria de Dios). El prólogo declara que los creyentes «vieron su gloria» en cada momento del hacerse hombre Jesús.

La encarnación de la Palabra marca un cambio radical en el modo de la comunicación de Dios. Ahora la manifestación divina tiene un rostro humano: Jesús de Nazaret. Jesús es el que permite superar la imposibilidad de ver a Dios. Y a través de la Palabra encarnada sabemos que ese Dios es un Padre, como se nos dice en el último versículo del prólogo y en la carta a los Efesios que hemos leído hoy.

Pues bien, el modo de ser y de hacerse hombre Jesús de Nazaret se convierte para los cristianos en el modelo de vida como hijos de Dios. Si la Palabra hecha carne en un hombre es la manifestación definitiva de la bondad salvadora de Dios hacia los humanos, esa Palabra también es el modelo de respuesta fiel y agradecida del hombre a Dios. En Jesús no se ve defraudada la arriesgada confianza que Dios ha depositado en los humanos. Pues bien, este modo de hacerse hombre Jesús no fue nada “espiritualista”, sino muy pegado a la tierra y a la sociedad de su tiempo. De hecho lo mataron porque tal modo de hacerse hombre resultaba sumamente incómodo para los poderosos de aquel tiempo.

- *En Jesús la Palabra viene también como vida para los hombres; pero ¿de qué vida se trata?*

Nuestra cultura ensalza sobremanera el vivir la vida. Pero la vida que se anhela y que se vive hoy se reduce a la que proporciona el abundante consumo. No se considera “vivir la vida” atender a los enfermos, compartir con los necesitados, acompañar a los ancianos o alabar a Dios. Sin embargo, esas acciones sí formaron parte preferente del modo de vivir de la Palabra hecha un hombre, Jesús de Nazaret, quien no dudó en afirmar: «Yo soy la Vida» (14,6).

- *¿Cómo y dónde «pronunciar» hoy esta Palabra de Dios?*

Como hizo Jesús de Nazaret en su tiempo, hoy nos dirige Dios su Palabra por medio de los seres humanos, sobre todo de los más desfavorecidos de la sociedad. En ellos se encuentra Dios hablando, preguntado, interpelando y pidiendo a gritos su liberación. Las tinieblas que produce el hombre de la sociedad de consumo son distintas a las que generaron el imperio romano y las clases adineradas en Judea y Galilea en tiempos de Jesús, pero no por eso son menos crueles. El hambre, las enfermedades, el analfabetismo y la pobreza en una gran parte de nuestro planeta y las estructuras que lo producen no pueden dejarnos indiferentes a los que nos llamamos cristianos, si es que deseamos acoger la Palabra, la luz, el ser hijos de Dios y, por tanto, disipar las tinieblas del dolor y del sufrimiento de nuestros hermanos los hombres.

- *Un aliento de esperanza: la luz triunfará sobre las tinieblas*

Si la encarnación de la Palabra en Jesús de Nazaret muestra el compromiso adquirido por Dios para llevar a cabo la plena salvación de los seres humanos, la victoria de «Jesús-luz» no acarrió la eliminación inmediata de la muerte y de las otras tinieblas. Vemos que todavía las sombras del dolor se ciernen sobre muchas personas de nuestro mundo. El conflicto entre la luz y las tinieblas que produce esta sociedad de consumo se mantiene en pie, pero, según el prólogo de Juan, el triunfo de la luz es seguro. Ésta es nuestra esperanza, pero también nuestra misión. Porque Dios nos revela con su Palabra lo que es Él, allí donde los seres humanos son liberados de sus sufrimientos y desgracias.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Infantil

II Domingo de Navidad - 3 de enero de 2010

Evangelio

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad....

Explicación

Por medio de Jesús, Dios no ha hablado de un modo especial, y por eso decimos que Jesús es la mejor Palabra de Dios. Esa palabra se hizo humanidad en el niño nacido de María de Nazaret. Unos le acogieron y otros le rechazaron. Y a cuantos le recibieron les ha descubierto que son hijos amados de Dios y que tienen un Padre estupendo. Quienes rechazaron a Jesús, no lo podrán saber, pero con todo, también ellos son hijos queridos de Dios. Lo cierto es que Dios vino a vivir con nosotros, a través de Jesús. Eso quiere decir que puso su tienda entre nosotros. Se hizo muy cercano. Cada año en la Navidad lo recordamos de modo especial y con alegría hacemos una fiesta grande.